

## PERESTROIKA 1989

POR FELIPE SAHAGÚN

*Dr. en Ciencias de la Información*

### INTRODUCCIÓN

Desde que fue elegido líder de las URSS en 1985, Mijail Gorbachov ha introducido cambios internos y externos tan radicales en la dirección del Kremlin que hasta los estadounidenses más conservadores califican hoy el proceso de «revolucionario». El alcance real de esta «revolución sin tiros» (1) se manifiesta, sobre todo, en la apertura oficial; en una democratización parcial; en una politización creciente de la sociedad soviética; en la expresión pública de sus problemas y conflictos, acallados durante décadas por la fuerza; en la revisión de los dogmas, los valores y los héroes; en la modificación de la historia, y en una flexibilización y desideologización general en todos los ámbitos de la vida oficial.

Desde 1987, los aliados occidentales y Japón debaten cuál es o debe ser la respuesta más apropiada a los cambios en la URSS. A su vez, las respuestas y actitudes de Occidente y Japón tienen un efecto directo sobre la evolución de las reformas internas soviéticas. En la actitud occidental hacia las transformaciones que tienen lugar en el Este se aprecian dos posiciones claramente diferenciadas:

- La RFA, en una fase más avanzada de cooperación, que apoyan o comparten Italia y España, y también, cada vez más, el Reino Unido.
- EE.UU., Francia y Japón, que, por razones distintas, se mantienen todavía en la actitud de «esperar y ver».

A medida que Gorbachov ha ido demostrando con hechos su deseo de reforma se ha ido abriendo la brecha que separa en Occidente a quienes apoyan una cooperación firme y a quienes consideran que no hay prisa o que no es necesaria esa cooperación por la sencilla razón de que, haga lo que haga Occidente, influirá muy poco en los cambios internos soviéticos.

Las dificultades económicas crecientes de la URSS y el descontento lógico que esas dificultades están provocando entre la población han intensificado a mediados de 1989 el debate en cada país occidental y en el seno de las organizaciones económicas y militares occidentales sobre lo que se debe y se puede hacer para ayudar a Gorbachov a superar la crisis económica que vive la URSS.

Para comprender el impacto de la *perestroika* en Occidente, es necesario conocer primero las razones y objetivos de ésta, su evolución, los resultados previsibles y los obstáculos principales que se interponen en su camino.

Ni el proceso de reformas soviéticas ni su impacto en Occidente deben verse como una situación estática. De hecho, la realidad va tan de prisa que casi todos los pronósticos y previsiones se están quedando desfasados en meses o semanas. Al mismo tiempo ninguna posición de la URSS o de los aliados occidentales debe considerarse inmutable ni monolítica. En ambas partes existe gran flexibilidad y división de opiniones: en la URSS sobre lo qué se debe hacer y a qué ritmo, en Occidente sobre cómo responder al cambio o promoverlo de forma más favorable a los intereses occidentales.

## PERESTROIKA: RAZONES Y OBJETIVOS

Aunque el objetivo principal de la *perestroika* es la reforma económica, los éxitos principales de Gorbachov hasta hoy han tenido lugar en política exterior, en política interior y en política cultural. En septiembre de 1989 la reforma política interna, la liberalización cultural y la llamada «nueva política exterior» del Kremlin seguían avanzando, mientras que la reforma económica, en cambio, permanecía estancada. La escasez de productos básicos se agravaba hasta el punto de convertirse, con los conflictos nacionalistas, extendidos ya desde el Báltico y el Cáucaso hasta la misma Ucrania, en la principal amenaza para la *perestroika* y para la supervivencia política de Gorbachov.

Las causas de la *perestroika* se pueden resumir en siete cambios. Estos cambios han ido formando, sucesivamente, la agenda de Gorbachov, pero comenzaron mucho antes de que éste fuera elegido secretario general del PCUS y seguirán siendo factores decisivos cuando él sea sustituido.

De ahí que la *perestroika*, entendida como proceso de modernización económica de la URSS, sea irreversible a largo plazo y, en cambio, la

liberalización política, la *glasnost* o transparencia y la posición de Mijail Gorbachov puedan ser perfectamente reversibles si la situación económica no empieza a mejorar o si las presiones nacionalistas internas y de los aliados este-europeos no se logran controlar dentro de límites aceptables por la dirección del Kremlin.

Esos límites hoy son:

- a) En el caso de los nacionalismos, el respeto a la estructura federal de la URSS, la unidad interna del PCUS y la igualdad de todos los ciudadanos de todas las repúblicas (2).
- b) En el caso de Europa Oriental, el mantenimiento de la unidad del Pacto de Varsovia (3).

Sin duda, estos límites pueden modificarse con el tiempo igual que se han modificado otros, pero el riesgo de desafiar los límites señalados en las circunstancias actuales sería una reacción inmediata de la URSS y un retorno a la guerra fría que, desde Washington a Moscú pasando por las principales capitales de la CE, todos dan ya por enterrada.

Los siete factores que explican la *perestroika* son:

1. La crítica situación económica, moral, social y política de la URSS heredada por Gorbachov.
2. El fracaso del modelo de crecimiento económico de la URSS. Este modelo ha sido el de la primera revolución industrial, basado en contribuciones crecientes de mano de obra, capital y tierra al proceso de producción. Es lo que se denomina «desarrollo extensivo». El desarrollo económico de Occidente en el siglo xx ha sido, en cambio, un «desarrollo intensivo», basado sobre todo en el progreso tecnológico. Los dirigentes soviéticos comprendieron ya en los años de Brezhnev la necesidad de sustituir la «economía de guerra» y el sistema centralizado estalinista por un sistema nuevo, en el que las fuerzas del mercado tuvieran mucha más importancia.

Los signos de la crisis ya en los últimos años de Brezhnev eran claros: tasa de crecimiento en caída, fuerte déficit presupuestario, despunte de la inflación, penuria de productos alimentarios, deuda exterior de unos 50.000 millones de dólares, retraso tecnológico alarmante, carencia de servicios, etc.

Aunque lo vio claro, Brezhnev no se atrevió a afrontar las dificultades de la reforma; Gorbachov sí se ha atrevido, aunque todavía de forma dubitativa y contradictoria.

3. La sociedad soviética que le ha tocado dirigir a Gorbachov es muy diferente de la que heredó Brezhnev. Se caracteriza por:
  - a) Su juventud. El 60 por ciento, aproximadamente, de la población activa urbana tiene entre 18 y 35 años.
  - b) Su preparación. La formación de los obreros y profesionales ha mejorado sustancialmente.
  - c) El surgimiento de una nueva clase media dominante, que puede estar fragmentada y carecer de poder, pero que impone sus aspiraciones y su estilo de vida en la sociedad.

La coexistencia de una clase política conservadora y opuesta al cambio, al frente de un régimen centralista y totalitario, y de una sociedad pluralista, dominada por profesionales y mejor educada abrieron una brecha difícilmente superable entre dirigentes y ciudadanos en los últimos años.

4. La revolución tecnológica en las sociedades capitalistas. En los últimos 15 años casi todos los países capitalistas han entrado en la tercera revolución industrial, caracterizada por la informatización, la robotización y la telemática. Para una sociedad preparada y alerta a estos cambios como la soviética, acostumbrada desde siempre por razones ideológicas, psicológicas, de seguridad y de política exterior a medirse en relación con los países industriales más avanzados, el choque tenía que ser necesariamente traumático.
5. El deterioro de la posición internacional de la URSS a finales de los años 70 y comienzos de los años 80.

La URSS había logrado el reconocimiento de superpotencia militar, a la par con EE.UU., en la SALT I de 1972. Para el Kremlin de los años 70, la distensión era la garantía de la paz con Occidente y una carta blanca para la confrontación en el Tercer Mundo; la Ostpolitik y la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea garantizaban a la URSS, o así lo creyeron muchos, las importaciones tecnológicas y alimenticias que necesitaban de Occidente y el reconocimiento de la división estratégica de Yalta.

A finales de los años 70 y comienzos de los años 80 la situación cambió radicalmente. Ronald Reagan congeló la distensión. La intervención soviética en Afganistán provocó una durísima reacción de Occidente. EE.UU. multiplicó sus gastos militares. La Iniciativa de Defensa Estratégica fue un golpe en la línea de flotación de la tecnología soviética. El despliegue de los SS-20 se les volvió en

contra. Reagan decidió apoyar a todo grupo anti-comunista que se atreviera a desafiar a los soviéticos o sus aliados cubanos en el Tercer Mundo.

La URSS que hereda Gorbachov se encuentra, así, sin amigos importantes en el exterior y con un imperio seriamente deteriorado en el interior. Ambos elementos forzaron a los nuevos dirigentes a revisar los principios de la seguridad y la política exterior soviéticas.

6. La llegada al poder en Moscú de una nueva generación política.

Los cinco cambios anteriores aseguraban que, sin un cambio radical, las posibilidades de la URSS de competir eficazmente en la sociedad internacional, inevitablemente se reducirían. Hacían falta, no obstante, unos dirigentes que asumieran los riesgos y las ventajas del cambio, y lo convirtieran en programa político. Probablemente, cualquier otro dirigente se hubiera embarcado en la reforma. De hecho, Suslov inició ya el camino. Lo que en absoluto era inevitable es la intensidad y el ritmo de la reforma a la que estamos asistiendo.

Comparto la opinión del soviétólogo Sewery Bialer de que lo que tiene de «revolucionaria» la reforma de Gorbachov responde en buena medida a la frustración del equipo dirigente con tres secretarios generales fallecidos en tres años (de 1982 a 1985) y con la oposición que Gorbachov encontró a su nombramiento, lo que le obligó a ser más radical en sus decisiones, a rodearse de gente nueva y a buscar apoyo fuera de las altas instancias del partido (4). Así es como acaba adquiriendo forma la *glasnost* y la democratización política, dos instrumentos esenciales de Gorbachov y sus incondicionales (Shévardnadze, Yakovlev, Dubrinin...) para hacer frente a la oposición burocrática al cambio.

7. La personalidad de Gorbachov. El nuevo presidente soviético ha demostrado una astucia, cautela, capacidad de trabajo, dotes de orador, ausencia de compromisos o deudas con la vieja guardia, talento e independencia desconocidos en cualquiera de sus antecesores. Su elección, como todas las ascensiones de individuos al poder, fue un accidente de la historia, pero en los años que lleva al frente del Kremlin ha brillado y se ha convertido en una fuerza decisiva para el proceso de la reforma y modernización de la URSS.

La popularidad de Gorbachov en Occidente se explica por varias causas: es el primer dirigente que sabe comunicar y comunicarse en nuestros propios términos; ha reducido significativamente la brecha

que ha separado históricamente las palabras y los hechos de sus antecesores y eso le da gran credibilidad; con su apoyo decidido de los derechos humanos, se ha ganado a personas tan prestigiosas como Sajarov, cuya influencia en la opinión pública occidental es muy importante; los elogios, por último, que de Gorbachov han hecho dirigentes tan poco sospechosos de pro-comunismo como Reagan o Thatcher han sido definitivos.

La realidad es mucho más compleja. Como otros dirigentes en circunstancias muy distintas pero empeñados igualmente en transformar desde dentro, sin traumas ni confrontaciones civiles, el sistema heredado, Gorbachov está ejerciendo a la vez de «Lutero» y de «Papa de Roma». Cultiva como nadie su imagen de reformista en Occidente porque ésa es la imagen que le conviene tener y, de hecho, esa imagen contiene una gran dosis de veracidad. Pero hay algo más, que Michael Dobbs, soviatólogo del *Washington Post*, describe así:

«Si Gorbachov fuera simplemente un radical decidido a dar la vuelta a la sociedad comunista, hace tiempo que lo habrían expulsado del Politburó. Si ha logrado sobrevivir y reforzar su posición, es precisamente porque ha convencido a los sectores más influyentes del Kremlin de que, para salvar el sistema, hay que transformarlo» (5).

Esta segunda imagen de Gorbachov como heredero político de Lenin, es la que prevalece hoy dentro de la URSS. Es, sin duda, en la que se apoya Gorbachov para sustituir entre abril y septiembre de 1989 a la mitad del Politburó, y la que explica el comunicado del Comité central de finales de agosto de 1989, aprobado por Gorbachov, en el que se advertía a los nacionalistas bálticos de «un desastre inminente» si no moderaban de inmediato sus exigencias independentistas. Señal inequívoca del desprestigio creciente de Gorbachov dentro de la URSS es la decisión del Parlamento lituano, el sábado 23 de septiembre de 1989, de rechazar el pacto germano-soviético de 1939 y todas las medidas posteriores por las que la URSS se incorpora la república. Es el mayor desafío registrado hasta ahora a la legalidad del dominio soviético sobre las tres Repúblicas Bálticas y demuestra el débil impacto de las advertencias de Gorbachov a los nacionalistas.

Desde esta distinción entre la imagen externa e interna del líder soviético, ambas reales y posiblemente necesarias para sacar

adelante sus reformas, es posible comprender las diferencias profundas que existen hoy entre la popularidad de Gorbachov en Occidente y su imagen entre buena parte de los soviéticos. Su imagen interior, dañada por el protagonismo y estilo de la primera dama, Raisa, es mucho menos reformista, más confusa y menos atractiva que su imagen exterior, sobre todo en Occidente. Su imagen interior se explica por las graves dificultades económicas que atraviesa la URSS, la desestabilización nacionalista y la falta de metas claras en todo el proceso.

Cualquiera de los siete factores señalados, por separado, hubiera sido insuficiente para poner en marcha la *perestroika*. Ha sido su coincidencia lo que ha provocado la «revolución» en marcha.

## EVOLUCIÓN DE LA *PERESTROIKA*

La *perestroika* no nace para resolver injusticias sociales ni como defensa de los derechos humanos. Es la respuesta a una crisis general del sistema, crisis que se refleja en una ineficacia alarmante. La solución propuesta por el equipo Gorbachov es «la modernización del sistema». Para lograr ésta, Gorbachov se propone cuatro objetivos:

- a) Modificar las instituciones y métodos de trabajo para introducir competencia e incentivos, calidad e innovación.
- b) Institucionalizar la autoridad, acabar con la «ley de la jungla» mediante la limitación de los mandatos de la clase dirigente.
- c) Legitimar el sistema en el interior y en el exterior, incorporándose a la sociedad internacional y acoplando la legislación nacional al derecho internacional.
- d) Reincorporar la población, cada día más despoltizada y marginada del poder, a la vida política y económica del país.

Gorbachov no llegó a la secretaría general con un plan cerrado ni claro en sus objetivos. Es un estudioso y un dirigente muy flexible que ha ido aprendiendo con los años y adaptándose a las necesidades, algunas de ellas con profundas raíces en el pasado, otras provocadas por decisiones adoptadas recientemente, en el proceso de la reforma. En este proceso de aprendizaje ha cometido numerosos errores. Los principales son:

- En cuestiones cruciales, como la campaña contra el alcohol, la Ley de cooperativas o la Ley sobre inversiones extranjeras, ha actuado con excesiva impaciencia y precipitación.

- Ha tratado de abarcar demasiado sin tener en cuenta el escasísimo apoyo que sus planes tenían y siguen teniendo en sectores indispensables para llevar la reforma a buen puerto, como la burocracia.
- No comprendió el efecto que la *glasnost* podía tener en la explosión nacionalista y fueron necesarios los enfrentamientos abiertos entre Armenia y Azerbaiján en 1988 para que se despertara a la grave realidad.

La *perestroika* es, pues, un proceso y en su evolución distinguimos hasta ahora tres fases económicas y otras tantas políticas. Estas fases tienen las siguientes características:

1. Cada fase se impone y solapa con la anterior.
2. El orden cronológico no se corresponde necesariamente con las prioridades del cambio; depende más bien de la superación de los obstáculos concretos que se va encontrando.
3. Cada fase se convierte y exige decisiones más dramáticas que las anteriores. Esto es así porque en cada fase se hace más urgente la modificación de intereses o privilegios más fuertes y cambios ideológicos más profundos.

Las fases principales en la evolución de la *perestroika* son:

#### *Primera fase económica (1985-1986).*

El primer objetivo de Gorbachov, nada más ser elegido, es movilizar a los sectores económicos, mejorar la disciplina, eliminar los comportamientos antisociales (ejemplo: la campaña contra el consumo de alcohol) y acabar con la corrupción, vicio muy enraizado en la sociedad soviética y agravado por los métodos de la dirección en la época de Brezhnev.

En esta primera fase, Gorbachov empieza a hablar de la necesidad de ajustar los salarios a la productividad y no tanto al principio de igualdad.

El momento decisivo de esta primera fase es el XXVII Congreso del PCUS, inaugurado el 24 de febrero de 1986. En él Gorbachov presenta un programa económico global, cuyos elementos principales son la autonomía financiera para las empresas, la transferencia de competencias del partido a los directivos de las empresas en la gestión económica, la promoción de las cooperativas y el trabajo individual, y la reorganización del Comité de Planificación del Estado (GOSPLAN) (6).

Está dormido todavía, en esos primeros momentos del proceso, el debate sobre la reforma política. En vez de reforma política, se proclama y empieza

a aplicar la llamada *glasnost* o apertura, destinada a movilizar a la población, sobre todo a la clase intelectual, contra los vicios del sistema que se pretenden corregir. Con ésta, Gorbachov y sus principales asesores pretendían desde el primer momento dos fines: emancipar a la clase intelectual porque la necesitaban a su lado y golpear a la burocracia antes de introducir las reformas políticas necesarias.

La *glasnost*, en este sentido, viene a hacer las funciones de una oposición inexistente. El Congreso del Partido dio luz verde al proyecto de reformas, pero los órganos de control del partido no hicieron apenas nada para ponerlas en práctica. Hábitos adquiridos durante décadas y privilegios mantenidos por mucho tiempo presentaban un obstáculo aparentemente infranqueable.

El propio Gorbachov reconoce públicamente la oposición que está encontrando a sus reformas en Khabarovsk (julio de 1986), en Krasnodar (septiembre de 1986) y en algunas otras ocasiones. Su respuesta inicial para hacer frente a esta oposición es destapar la crítica en los medios informativos, abrir la prensa, la radio y la televisión a las opiniones más diversas, atacar las épocas de Stalin y Brezhnev. Así, desde abajo, Gorbachov empieza a presionar sobre la recalcitrante burocracia, los directores de empresas temerosos de afrontar las responsabilidades de la independencia que se les pretende trasladar y los obreros reacios a producir más y mejor en una mayor inseguridad.

A todas estas dificultades viene a sumarse otra, derivada en buena medida de la *glasnost* aunque sea una consecuencia no buscada: las tensiones nacionalistas, que aprovechan el resquicio de libertad de expresión y manifestación de ésta para reivindicar demandas viejas y nuevas. No es una casualidad que las primeras manifestaciones nacionalistas surjan en diciembre de 1986 en repúblicas dirigidas por algunos de los principales enemigos de las reformas, como el Kazajstán de Dinmukhamed Kunaev.

De ahí que Gorbachov opte por lanzarse a la reforma política como única posibilidad de avanzar después en los cambios económicos.

#### *Primera fase política (1987).*

Aprovecha el pleno del Comité central del 27 y 28 de enero de 1987 para proponer una reforma política radical. Reconoce que «la reestructuración está resultando más difícil de lo esperado y que los problemas acumulados en la sociedad tienen raíces mucho más profundas de lo que inicialmente pensábamos» (7).

En su discurso del 27 de enero ante el Comité central anuncia ya la necesidad de una primera democratización: la posibilidad del voto secreto, pluralidad de candidatos para cada puesto de los Soviets o Ayuntamientos y los órganos del Partido, la necesidad de reforzar el Legislativo (Soviet Supremo) frente al Ejecutivo, la revisión del Código Penal y la separación de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial del Estado.

A finales de 1986, casi dos años después de su elección, Gorbachov era ya plenamente consciente de que, para el éxito de la imprescindible reforma económica o *perestroika*, necesitaba el apoyo de la sociedad soviética y de la maquinaria del Partido, y llega al convencimiento de que ese apoyo es imposible sin una democratización del sistema político. Quería lanzar la reforma política en el pleno del Comité central convocado para octubre de 1986. Sus adversarios, la mayoría de sus miembros, logran retrasar dicho pleno en tres ocasiones, hasta enero de 1987, precisamente para evitar lo que, en opinión de Gorbachov, era inevitable: «la reforma del sistema político».

En la resolución final, el pleno del Comité central de enero de 1987 se resiste a dar luz verde a las limitadas reformas políticas propuestas por Gorbachov, con lo que el líder soviético vuelve a concentrar sus esfuerzos en la reforma económica.

### *Segunda fase económica (1987-1988).*

Frenados los primeros intentos de reforma política, Gorbachov acelera en 1987 el programa de la reforma económica. En cierto sentido puede decirse que este año ha sido el primero de reforma económica real, aunque en la práctica las consecuencias negativas de buena parte de los cambios introducidos han retrasado y complicado todo el proceso de reformas.

Los elementos principales de la reforma económica en esta segunda fase son: la entrada en vigor de una nueva Ley de salarios el 1 de enero de 1987, de otra Ley sobre el sector privado o iniciativa individual el 1 de mayo de 1987 y, sobre todo, la Ley de las empresas del estado aprobada por el Soviet Supremo el 30 de junio. Los cambios requeridos por esta última Ley representan un ataque frontal al sistema de economía planificada heredado de Stalin.

Es en este momento cuando Occidente se da cuenta de que la *perestroika* es real. Implicaba de llevarse a efecto, desmantelar lo esencial del sistema centralizado.

Por la Ley de empresas del estado y los diez textos que la desarrollan se redistribuyen los poderes entre los órganos centrales del Partido, los ministerios del gobierno y las empresas, y se avanza en la descentralización de competencias hacia las repúblicas y regiones, pero sus dos puntos esenciales son la elección del director y el personal directivo de cada empresa por los trabajadores, y la autonomía contable y financiera de cada empresa. La primera de las concesiones quedó limitada por el hecho de que sigue siendo el Partido el que elige a los candidatos; la segunda, la autofinanciación, se aplica ya al 90 por ciento de la industria soviética, pero sus resultados dejan bastante que desear (8).

Con la nueva Ley de salarios se pretendía aumentar en cinco años el sueldo de los obreros entre un 20 y un 25 por ciento y el de los ingenieros y cuadros técnicos entre un 30 y un 35 por ciento. Hasta ahora, la nueva Ley ha servido para elevar los salarios, y con ello el déficit del Estado, pero no para introducir incentivos reales que incrementen y mejoren la producción.

En cuanto a la Ley del sector privado, aprobada por el antiguo Soviet Supremo el 19 de noviembre de 1986, pero que no entra en vigor hasta mayo de 1987, incluía tales limitaciones sobre beneficios y administración que apenas ha servido para nada. El inventario de actividades privadas «toleradas» hizo buenos titulares en Occidente, pero apenas ha influido por ahora en la marcha económica general del país.

Desde un primer momento se pudo comprobar que estas reformas se quedarían en agua de borrajas si no se veían reforzadas por una reforma política en profundidad, que permitiera reducir la burocracia y modificar el comportamiento de los cuadros del Partido al frente de los aparatos locales y de las empresas. Ante esta necesidad se pone en marcha la segunda fase de la reforma política.

#### *Segunda fase política (1988-marzo de 1989).*

El fracaso en el pleno del Comité central de enero de 1987 le había abierto los ojos a las dificultades de avanzar sin una limpieza general de los órganos principales del Partido (Politburó y Comité central) y a la imposibilidad de efectuar esa limpieza sin una conferencia extraordinaria del partido. En el pleno de junio de 1987, además de la Ley de empresas del estado, logra la luz verde de la máxima *nomenklatura* para convocar una conferencia extraordinaria del Partido el 28 de junio de 1988.

En su discurso con motivo del LXX aniversario de la Revolución de octubre, el 2 de noviembre de 1987, Gorbachov llega a describir la «democratización» como «el alma de la *perestroika*». Tenía muy claro ya que

sin la *perestroika* política, la *perestroika* económica era imposible. Las sustituciones al frente de las Repúblicas, Defensa, el Comité central y hasta en el Politburó se suceden desde mayo de 1987, pero el momento culminante de esta segunda fase en la reforma política es la XIX Conferencia del Partido de junio de 1988. La elección de delegados para la Conferencia movilizó durante la segunda mitad de 1987 y primera de 1988 los esfuerzos de toda la clase dirigente para hacerse con un escaño.

De las diez tesis presentadas con el visto bueno del Comité central, la Conferencia aprobó las decisiones siguientes:

1. Reorganización del aparato del Partido antes de finales de 1988.
2. Aprobación por el Soviet Supremo en el otoño del mismo año de los instrumentos legales para la reestructuración del sistema y la elección de un Congreso de Diputados.
3. Elección de un Congreso de Diputados, formado por 2.250 miembros que pueda celebrar su primera sesión el 1 de abril de 1989 (no pudo hacerlo hasta el 25 de mayo de 1989).
4. Elección por el Congreso de Diputados de un Soviet Supremo de 400 a 450 diputados y su presidente, que será a la vez presidente de la URSS. En la Conferencia se deja en blanco si el puesto de presidente será compatible con el de secretario general del Partido.
5. Reestructuración de las principales instituciones soviéticas en repúblicas, distritos, zonas, ciudades y territorios en el otoño de 1989, tras las elecciones locales.
6. Aprobación de las medidas legislativas necesarias para continuar las reformas económicas (9).

Era la I Conferencia federal en 47 años y resultó, en opinión de Boris Miessner, profesor de la Universidad de Colonia y uno de los europeos que más de cerca siguen los cambios en la URSS, «un gran paso hacia una reforma social global y, sobre todo, hacia una reforma del sistema político» (10). Pero no fue un paso decisivo o irreversible porque la conferencia no se atrevió o no quiso reestructurar el Comité central como en un principio estaba previsto. No obstante, la elección de los 5.000 delegados para la conferencia y la radiodifusión de los debates y enfrentamientos entre radicales y reformistas ayudó a movilizar y sensibilizar a la población hacia los problemas de la *perestroika*.

### *Tercera fase económica (1988-1989).*

En la misma conferencia se plantea la necesidad de avanzar en las reformas económicas y de sanear el sector de bienes de consumo. El primer

objetivo se hacía inevitable ante el empeño de los ministerios en seguir imponiendo sus planes a las empresas y la ausencia de suficientes cuadros directivos capacitados a pesar de haber entrado en vigor la Ley de empresas estatales, por la que se garantiza la autonomía financiera de las empresas, el 1 de enero de 1988.

En cuanto al sector privado y cooperativo no agrícola, el 1 de julio de 1988 empleaba a menos de un millón de personas (de una población activa de 125 millones) y su producción no llegaba al 0,5 por ciento del volumen de bienes y servicios vendidos a la población. En 1987 y 1988 se aprobaron al menos cuatro leyes sobre cooperativas. La principal, en vigor desde el 1 de mayo de 1988, sirvió para promover algo la iniciativa privada. A su sombra se habían formado en mayo de 1989 unas cincuenta mil empresas en los limitados sectores donde están permitidas, pero el resentimiento de muchos, los elevados precios de sus productos o servicios y las restricciones administrativas y fiscales limitan seriamente su crecimiento (12).

La XIX Conferencia sirvió para acelerar el cambio en este sector y en julio de 1988 entraba en vigor una nueva Ley de cooperativas industriales.

Los otros dos sectores donde se avanza en la reforma en esta tercera fase económica son el del comercio exterior y el agrícola. Sobre comercio exterior, a finales de 1988 se aprueba una nueva ley que amplía hasta un 80 por ciento el límite de participación extranjera en empresas mixtas o «joint ventures» con industrias soviéticas, participación que la primera Ley de comercio exterior de la *perestroika*, en vigor desde el 1 de enero de 1987, había limitado a un 49 por ciento. Este cambio ha podido facilitar en 1989 unas 60 ó 70 operaciones y el comienzo de negociaciones para unas doscientas más, pero las restricciones sobre repatriación de beneficios y la no convertibilidad del rublo seguían limitando seriamente el interés de los inversores extranjeros.

Para superar el último de los obstáculos, a finales de 1988 los asesores económicos de Gorbachov anunciaron su intención de devaluar el rublo en un 50 por ciento antes del 1 de enero de 1990 y de hacerlo plenamente convertible a partir de 1995. Era la respuesta de Gorbachov a una línea de crédito de 7.000 millones de dólares concedida en octubre de 1988 a la URSS y repartida entre Italia, la RFA, Francia y Gran Bretaña. Desde entonces, sin embargo, la promesa ha ido cayendo en el olvido y sólo después del verano del embargo 1989, al agravarse la penuria económica y la escasez de productos básicos, Gorbachov ha vuelto a resucitar los planes de convertibilidad del rublo.

La principal reforma agrícola hasta septiembre de 1989 la presentaba el propio Gorbachov ante el Comité central el 15 de marzo del mismo año. Después de anunciar una producción de cereales de 195 millones de toneladas en 1988, la más débil en los últimos tres años, pidió la inmediata aprobación por el Presidium del Soviet Supremo de un decreto por el que los agricultores que lo deseen puedan arrendar sus tierras por períodos de hasta 50 años y disponer libremente de su producción. Al mismo tiempo, desmantelaba el Comité de Estado para la agroindustria creado en el 1985.

Teóricamente, suponía un golpe definitivo para la agricultura de granjas colectivas impuesta por Stalin. En la práctica, la mala calidad de las tierras para arriendo, la inseguridad del sistema de distribución y precios, los obstáculos burocráticos encontrados y el temor a abandonar la seguridad en la penuria por algo no probado ha dejado hasta ahora la reforma agrícola en papel mojado.

### *Tercera fase política (1989).*

Comienza con la campaña electoral y la votación del 26 de marzo de 1989. Esta elección de un nuevo Congreso de Diputados permite, por vez primera, la presentación y la elección libre entre varios candidatos para 1.500 de los 2.250 escaños que forman el nuevo Legislativo (13).

La elección es el principio del pluralismo político, aunque todavía muy limitado, en la URSS. Para Gorbachov, representa un seguro doble en el proceso de reformas: contra las instituciones del PCUS que frenan la *perestroika* y contra quienes, desde el Politburó o el Comité central, pueden sentirse tentados a destituirlo.

Con la elección del Congreso de Diputados y, pocas semanas después, de un nuevo Soviet Supremo con dos cámaras, la URSS empieza a disfrutar de un cierto pluralismo político. Muchos privilegios empiezan a verse amenazados. Surge un sistema dual: las viejas instituciones del Partido y un legislativo con poderes reales.

Con las huelgas mineras de julio de 1989 y la proliferación e intensificación de los conflictos nacionalistas, que desembocaban en una sesión especial del Comité central en septiembre, las dos reformas —política y económica— entran en una cuarta fase. De las tres anteriores se puede afirmar que, mientras el proceso ha ido muy lejos, los resultados económicos son muy pocos y los políticos, en cambio, muy significativos. Esta cuarta fase puede convertirse en varias fases diferenciadas o en el Rubicón de toda la *perestroika*.

## *En lo económico.*

Gorbachov tendrá que decidirse por fin entre algunas prioridades. No puede tener al mismo tiempo las tiendas llenas, la industria modernizada y las tierras de labor privatizadas. Tendrá que elegir entre resolver la penuria de bienes de consumo, modernizar la infraestructura del sector industrial civil o desmantelar toda la agricultura estalinista.

Deberá, igualmente, acabar con inconsistencias fundamentales en la reforma. No puede seguir diciendo a los ministerios del Gobierno que no se entrometan en la administración y gestión de las empresas, la cantidad producida y su precio de venta, y seguir dotándolos de todos los medios necesarios para continuar entrometiéndose.

Por último Gorbachov tendrá que afrontar las opciones más duras: privatización, derechos de propiedad, liberalización de precios, reducción o eliminación de subvenciones, introducción de un mercado de capitales, descentralización económica, convertibilidad del rublo, multiplicación de la deuda exterior para importar bienes de consumo... El Soviet Supremo, en su sesión de otoño inaugurada el 25 de septiembre, tenía previsto avanzar, en algunas de estas medidas, como la propiedad privada, liberalización parcial de precios y reducción de algunas subvenciones.

Si el pasado sirve de pauta, Gorbachov estará siempre inclinado a aceptar soluciones de compromiso. Con un déficit presupuestario de unos 200.000 millones de dólares, una deuda exterior de 50.000 millones y un 30 por ciento de la población por debajo del nivel de subsistencia, es dudoso que nuevos parches de compromiso sirvan para superar la grave crisis económica por la que atraviesa la URSS (14).

El adelanto de la primavera de 1991 a octubre de 1990 del próximo Congreso del PCUS, el único órgano, junto a la conferencia del Partido, que puede modificar la composición del Comité central, y la destitución de otros cinco miembros del Politburó en la reunión del Comité de septiembre de 1989 indican que la *Cuarta fase política* de la *perestroika* ha comenzado.

Las declaraciones de Gorbachov por televisión el sábado, 9 de septiembre, a su vuelta de vacaciones, sobre la necesidad de «medidas dolorosas, impopulares y difíciles» con las que «la sociedad no estará de acuerdo» para hacer frente a los problemas nos indican que la *Cuarta fase económica* también está en marcha (15).

Serán el Soviet Supremo en su sesión de octubre y noviembre, y el Congreso de los Diputados cuando vuelva a reunirse en diciembre los que nos dirán si Gorbachov se decide por fin por la gran reforma; cede a los

conservadores o sigue buscando componendas con unos y otros, sin afrontar en serio las amenazas. Con todo, parece decidido a mantener en paralelo las reformas políticas y económicas para evitar situaciones extremas como el Tiananmen chino del 4 de junio, cuando los tanques aplastaron las manifestaciones estudiantiles en Pekín.

### *En lo político.*

La democratización tantas veces pregonada por Gorbachov y sus asesores es imposible sin verdadera alternancia en el poder y esto exige pluralismo partidista, algo que Gorbachov todavía no parece dispuesto a aceptar, al menos en público. Sin embargo, la elaboración en 1989 por uno de los grupos de trabajo del nuevo Soviet Supremo de una primera proposición de ley que permitiría la formación de partidos políticos alternativos, con derechos iguales a los del PCUS, indica que el monopolio indiscutible del poder por el PC ha dejado también de ser sacrosanto (16).

La institucionalización del pluralismo requiere democratizar el PC y esto sólo es posible destruyendo la *nomenklatura*, cuyas principales cabezas visibles son el Politburó y el Comité central. Las funciones de estos órganos hoy son una duplicación de las funciones del Congreso de los Diputados, del Soviet Supremo y de la Presidencia. Como Gorbachov ha logrado situarse al frente también de las nuevas instituciones, no sufriría en principio decapitando (como parece que está haciendo) las instituciones tradicionales. Al contrario, se desharía de los principales focos de oposición a sus reformas.

A pesar de todas las dificultades apuntadas, Gorbachov ha ido consolidando poco a poco su poder desde el Politburó a las bases locales. El peligro principal es que la *perestroika* política, como advertía la primera ministra británica, Margaret Thatcher, en su última visita a la URSS el 24 de septiembre, va muy por delante de la *perestroika* económica.

## RESULTADOS PREVISIBLES

Cuando se habla de resultados, es inevitable hablar de plazos. El propio Gorbachov ha hablado en más de una ocasión del año 2000 como un plazo posible, aunque cada día menos probable, para completar la reforma. Por completar ésta se entendería:

- a) Modernizar el aparato productivo, lo que exigirá abandonar la planificación centralizada y adoptar el sistema de libre mercado.
- b) Desestalinizar y liberalizar el sistema político, cultural y social.

Si lo ocurrido en los primeros cinco años de Gorbachov al frente de la URSS sirve de alguna pauta, el proceso de desestalinización y liberalización política es más fácil de culminar que el proceso de modernización económica.

Los resultados previsibles de la *perestroika* y los peligros de reversibilidad en el proceso de cambios dependen, en buena medida, del propio Gorbachov, pero también se ven condicionados por las reacciones, apoyos y limitaciones internos y externos. De ahí que sea tan importante la cooperación exterior para Gorbachov.

Podemos imaginar cuatro escenarios posibles de futuro:

1. Gorbachov se mantiene y consigue modernizar el sistema soviético. Por modernizar entiendo situarlo a la altura de las otras grandes potencias no sólo en el orden militar, que ya lo está, sino también en el orden económico.

Esto supondría importantes mejoras internas para la URSS y la eliminación de la creciente brecha tecnológica entre el Este y el Oeste.

De semejante escenario se derivarían dos efectos: uno positivo y otro negativo para Occidente. El positivo sería una URSS más activa en la vida internacional, pero a la vez menos agresiva militarmente que en los años 70.

¿Por qué menos agresiva?

- Porque la URSS, habiendo alcanzado la paridad estratégica con los EE.UU., se siente segura. Es probablemente la primera vez en la historia de Rusia y la URSS, desde los orígenes del principado de Kiev, que esto sucede.
- Porque, siendo sus principales amenazas a medio plazo internas, no externas, la URSS seguiría durante mucho tiempo más volcada hacia dentro que hacia fuera.
- Porque en el estudio de la evolución histórica de otras grandes potencias comprobamos que, alcanzado un nivel de bienestar económico y equilibrio militar respecto a las otras grandes potencias, se vuelven menos beligerantes y concentran sus esfuerzos más en la seguridad interna y la conservación de su estado que en aventuras externas.

En cualquier caso, es un hecho que las nuevas prioridades de la URSS han facilitado concesiones como las que han permitido el primer acuerdo de desarme real desde 1928, el acuerdo sobre

euromisiles instalados en tierra; en los terrenos de la verificación, el intercambio de información y observadores; las reducciones asimétricas; las armas convencionales y las armas químicas; por citar sólo las más conocidas. Han permitido igualmente el desenganche parcial de las superpotencias de algunos de los principales conflictos regionales de los años 80, como Afganistán, Nicaragua, Angola y Kampuchea.

He citado también un efecto negativo del éxito de la *perestroika*. Aunque sea menos probable, cabría deducir una sustitución paulatina, o reducción al mínimo, de los objetivos que hoy dominan la llamada «nueva política exterior soviética», en la que se pueden contar otras muchas concesiones, si bien es posible demostrar que la mayor parte de dichas concesiones son realmente mínimas y se hacen, sobre todo, porque favorecen la política interior soviética al liberar recursos y tensiones en el exterior. Es lógico concluir que, una vez cubiertas las principales necesidades internas, las presiones para esa política exterior de acomodo se debilitarían.

Contra esta conclusión pesimista existen argumentos de peso. El principal es que si, como es de esperar y de desear, en el proceso de la *perestroika* el Este y el Oeste acaban definitivamente con las barreras de la guerra fría y se integran en un mismo sistema económico mundial, el propio desarrollo de las reformas soviéticas elevaría considerablemente el precio que la URSS tendría que pagar si, completado o suficientemente avanzado el proceso, intentara volver a una actitud beligerante o de confrontación.

De este primer escenario se deduce otra conclusión elemental: si Occidente no ayuda activamente a Gorbachov, las posibilidades de que este primer escenario se haga realidad se reducen y, con ello, tanto sus ventajas como sus peligros potenciales.

La ventaja principal es una mayor estabilidad, al menos a medio plazo, en la sociedad internacional. Más que peligros, los desafíos principales de este escenario se derivan de los efectos que el éxito de la *perestroika* está teniendo ya en el «orden europeo». La supervivencia del Pacto de Varsovia se haría muy difícil, la división de las dos Alemanias se convertiría en una mancha histórica insoportable y se multiplicarían las presiones internas de Europa del Este y Alemania a favor de la neutralización militar de Europa Central y de algún tipo de integración de los países este-europeos en el proceso de integración de la CE. Estos cambios obligarían a modificar los objetivos, la estructura y los métodos de trabajo, y puede que también su

naturaleza, de las dos organizaciones principales de los aliados occidentales: la OTÁN y la Comunidad Europea.

2. Un segundo escenario sería un frenazo en la reforma política y el mantenimiento, con ligeros retoques y a ritmo algo más lento, de las reformas económicas más inaplazables. Este escenario puede darse con Mijail Gorbachov al timón del Kremlin o con éste sustituido por otro.

El ejemplo de Tiananmen se ha convertido en un fantasma permanente para muchos. El temor a perder poder y privilegios tras la experiencia vivida en Polonia después de las primeras elecciones libres en la primavera de 1989 probablemente está influyendo más todavía que los sucesos de Tiananmen sobre la *nomenklatura* soviética, en ningún caso un bloque unido como la expresión podría dar a entender.

Este escenario puede ser una consecuencia obligada de un empeoramiento de la crisis económica actual o de las tensiones nacionalistas. Las reformas constitucionales ya aprobadas han convertido a Gorbachov, como se ha encargado de advertir Sajarov dentro y fuera de la URSS, en el dirigente soviético con más poderes y atribuciones desde la revolución de 1917.

Reformistas destacados como Oleg Bogomolov, director del Instituto de Economía del Sistema Socialista Mundial, el prestigioso centro moscovita, reconocen la necesidad de «un liderazgo muy fuerte» para llevar adelante «los cambios radicales» necesarios para superar la crisis actual (17). Otro reformista, como el politólogo soviético Yevgeni Ambartsumov, viene a pedir lo mismo -un dictador que haga el trabajo sucio de la *perestroika*- cuando se queja de que Gorbachov «habla demasiado y luego no cumple lo que dice» (18).

La falta absoluta de tradición democrática liberal o pluralismo partidista en la historia de Rusia, y de la URSS desde el año 1917, ayuda a explicar el hecho de que en la Unión Soviética de hoy muchos reformistas defiendan al mismo tiempo la «democratización del sistema» y «un liderazgo dictatorial muy fuerte». Para ellos no hay contradicción, pues lo que quieren son resultados y no les preocupa tanto el mecanismo para obtenerlos. Está así por estas razones:

- a) Pocos defienden una democracia parlamentaria al estilo occidental como meta de sus reformas políticas. Al contrario, el objetivo de la mayoría es «el socialismo real» o el «socialismo democrático»,

identificado con el retorno a las raíces leninistas y la ruptura total con lo que representó el estalinismo. Más difícil es saber si detrás de esa posición se esconde en algunos de ellos el temor a lo desconocido o, lo que es peor, a ser tachados de traidores si defienden otras metas.

- b) En la *perestroika* nunca ha habido un plan claro, con unas metas concretas. Se trata de un camino, de «algó que hay que hacer», pero sin planes predeterminados. Es en definitiva, un intento de transformar la sociedad antes de decidir qué clase de sociedad se desea. Por eso se aplaza o demora tanto la redacción de una nueva constitución, por eso se responde con frialdad a cualquier insinuación de «consensos nacionales», como los que se negociaron en la España de la transición, para facilitar el cambio y, sobre todo, fijar el objetivo de dicho cambio.

El problema con esa forma de hacer una reforma radical o revolución, como se quiera llamar, es que todo vale si los resultados son los que desea la mayoría, pues falta un acuerdo nacional previo sobre la clase de reforma radical que se quiere hacer. Lo único claro es para qué se hace: para revitalizar una sociedad y una economía maltrechas por Stalin y Brezhnev. Pero sigue faltando el fin: ¿un sistema de libre mercado y democracia pluripartidista o una economía menos centralizada en un sistema controlado todavía por el PCUS?, ¿una federación o una confederación?

Independientemente de estas sombras, un frenazo de las reformas políticas que mantenga las reformas económicas probablemente sería sólo un frenazo temporal. Si la frase «donde llega el teléfono, se acabó la dictadura» tiene algún fundamento, parece difícil que una sociedad abierta a las inversiones, a la economía privada, al mercado internacional y a la información internacional resista mucho tiempo sin abrirse también a las libertades democráticas.

Este segundo escenario sería una especie de vuelta a los dos años de Andropov. Frenaría los cambios en Europa Oriental, actuaría con mayor firmeza para cortar las tendencias nacionalistas más extremas y mantendría las tesis fundamentales de la doctrina estratégica tradicional de la URSS hacia Occidente.

3. Un tercer escenario es el que tantas veces se cita como amenaza: la sustitución de Gorbachov por un representante del sector más conservador y la interrupción de todo el proceso de reformas

políticas y económicas. Este escenario, el de la reversibilidad total del proceso, es más probable cuanto menos éxito tengan las reformas de Gorbachov.

La intervención de Yegor Ligachov, el cabeza de fila de los conservadores en el pleno del Comité central de septiembre de 1989, en la que acusó a algunos dirigentes del Kremlin de intentar volver al capitalismo y de provocar el caos, recoge el argumento esencial que justificaría un retroceso semejante en caso de que la *perestroika* se interrumpa bruscamente (19). La forma en que este tercer escenario se podría producir admite, aunque su probabilidad sea muy escasa, el golpe militar.

Desde el 28 de mayo de 1987, cuando el joven piloto alemán Mathias Rust aterrizó con una avioneta en plena Plaza Roja, Gorbachov ha aprobado medidas que reducen sensiblemente la influencia de los militares en la URSS: ha retirado del Politburó a los altos mandos, ha reducido el presupuesto militar (en un 8 por ciento para 1990), ha anunciado reducciones unilaterales de 500.000 hombres, ha ordenado la salida de Afganistán (humillación) del ejército soviético, ha empleado al ejército para apagar algunos fuegos nacionalistas, como los de Georgia en abril de 1989, por primera vez las Fuerzas Armadas tienen que someterse a un control civil directo, ejercido por una comisión formada con ese fin por el nuevo Congreso de los Diputados, y ha decretado la transformación de bastantes fábricas militares al sector civil. Muchas de estas medidas son impopulares en las Fuerzas Armadas.

A pesar de todo, comparto la opinión del soviólogo de *Le Monde*, Michel Tatu, de que «un golpe militar en la URSS sería una ruptura con la tradición militar soviética. Podría producirse, sin embargo, una alianza entre conservadores, el alto mando y los ultrapatriotas rusos que empiezan a proliferar. No debería subestimarse el poder de esta alianza tripartita» (20).

En caso de interrupción brusca de la *perestroika*, es probable un retorno a los principios de política exterior y militar de la época de Brezhnev. A corto plazo supondría el fin de la «nueva política exterior», sobre todo en su manifestación liberalizadora en Europa Oriental, y el retorno a la confrontación abierta en el Tercer Mundo. A medio y largo plazo, llevaría a la URSS al desastre económico y, como fuga posible del mismo, a una política exterior mucho más agresiva para compensar o borrar las dificultades internas.

4. Gorbachov y las viejas estructuras del PCUS se ven desbordadas por el proceso de reformas y, al igual que sucedió en Polonia, son sustituidos por fuerzas más radicales, en la línea de Boris Eltsin, dispuesta a acelerar los cambios hacia una economía de mercado libre y un sistema pluripartidista.

Si analizamos la composición del actual Congreso de los Diputados y de sus Cámaras permanentes, el Soviet Supremo, vemos que una tercera parte, aproximadamente, de sus miembros apoyaría hoy esta línea de cambios radicales; otra tercera parte se identifica claramente con las posiciones de Ligachov, y la tercera parte restante es lo que Tatu ha llamado «legitimistas», los que obedecerán —como han hecho siempre— las órdenes de arriba, sean cuales sean y las dé quien las dé.

Con su ambigüedad calculada y su política de compromisos, Gorbachov reconoce que quien tenga el apoyo de los legitimistas tiene el poder. Como ese apoyo depende en gran medida de que se siga ejerciendo con firmeza el poder de arriba a abajo, como siempre se ha hecho, representa un incentivo poderoso para mantener un poder autoritario o dictatorial en el sistema, al menos hasta que se haya debilitado la influencia del tercio conservador.

Las consecuencias para Occidente de una aceleración o radicalización de las reformas son menos claras. Si conlleva la desestabilización o ruptura interna de la URSS, podría ser muy negativa para el sistema internacional, si provoca rupturas bruscas y descontroladas entre los aliados del Pacto de Varsovia, situaría a la OTAN ante opciones igualmente desagradables.

El interés esencial de Occidente es la estabilidad y la evolución ordenada hacia un sistema más abierto y democrático, menos agresivo y más defensivo, de la URSS y sus aliados. Este interés parece mejor asegurado en los escenarios 1 y 2 que en los escenarios 3 y 4, pero todo está condicionado por factores nuevos que modifican rápidamente las relaciones de fuerzas dentro de la URSS.

Uno de los factores nuevos más importantes es, en mi opinión, la concienciación política de la población en la campaña de las elecciones de marzo de 1989 y en los años de *glasnost* ya vividos. El duende está ya fuera de la botella y no será fácil volverlo a meter dentro. Se le puede intentar callar u ocultar, pero ¿por cuánto tiempo lo permitirá la población?, ¿cuál será la reacción de la población si se les trata de arrebatar ahora las parcelas de libertad alcanzadas?

Un segundo factor crucial es el hecho de que cuanto más avanza la *perestroika*, más irreversible se hace el proceso. Cada miembro del Politburó o del Comité central opuesto a la *perestroika* que pierde su escaño es un obstáculo menos. De ahí que sean tan importantes las elecciones locales a partir del otoño de 1989 y el congreso del Partido convocado para octubre de 1990 y adelantado finalmente al verano. Si Gorbachov logra superar con éxito y deshacerse de los enemigos principales de la reforma, tanto en la cúspide como a nivel local, el cambio sería difícilmente reversible. Como los conservadores son conscientes de lo que está en juego en las elecciones y en el congreso, es de esperar un aumento de las tensiones y los enfrentamientos a todos los niveles en los próximos meses. Para muchos de los miembros de la nomenclatura que ven sus privilegios amenazados, «será ahora o nunca».

## OBSTÁCULOS PRINCIPALES

Los cuatro escenarios posibles que acabamos de analizar nos conducen a los siguientes resultados:

- *El escenario 1*, además de lo mismo que hemos visto desde marzo de 1985. Este escenario requiere un ejercicio más firme de su liderazgo por Gorbachov para hacer frente a los nacionalismos y resistencias burocráticas. Exige, probablemente, que Gorbachov se convierta definitivamente en un «déspota ilustrado».
- *El escenario 2*, a un retorno a los años de Andropov. Este escenario es más factible si Gorbachov es sustituido en los próximos dos o tres años por un conservador como Ligachov o un representante del sector legitimista como el primer ministro Ryzkov.
- *El escenario 3*, a un retorno a Brezhnev o, lo que sería peor, a una dictadura cívico-militar más o menos ilustrada. Este escenario es más factible si Gorbachov es desplazado en 8 ó 10 años sin haber logrado remontar la crisis económica o si se ve arrastrado por un cataclismo nacionalista o una revolución abierta en Europa Oriental.
- *El escenario 4* conduciría a una nueva versión de las reformas a las que estamos asistiendo en Hungría, con un importante ingrediente inexistente en ésta, que es el de los nacionalismos. Este escenario es más factible si Gorbachov es desplazado en 4 ó 5 años después de haber vaciado de poder al Politburó y al Comité central, y si de las elecciones locales sale una mayoría, lo cual no es muy probable, activamente empeñada en las reformas.

El 26 de septiembre de 1989 pasaba por Madrid el escritor soviético

Anatoli Ribakov, cuya novela *Los hijos del Arbat* es para las reformas de Gorbachov lo que *Un día en la vida de Iván Danisovich* fue para las reformas fallidas de Krushchev. A punto de cumplir los 80, es uno de los intelectuales soviéticos de más prestigio y está firmemente comprometido a favor de la *perestroika*. En su opinión, los principales adversarios u obstáculos de ésta dentro de la URSS son:

1. Los que temen ser desplazados de sus puestos o perder sus privilegios.
2. Los que creyeron en el sistema anterior y no aceptan que esas creencias fueron gravemente manipuladas con fines equivocados.
3. Muchos que hicieron la guerra, sufrieron y se identificaron con la causa de la destrucción del capitalismo vendida por el régimen y no acaban de admitir que todo aquel esfuerzo fue inútil.
4. La falta de tradiciones democráticas en el país. «Tenemos que aprender el *abc* de la democracia desde el mismísimo comienzo», me decía Ribakov.
5. Los graves problemas económicos (21).

A pesar de estos obstáculos, Ribakov está plenamente convencido del éxito de la *perestroika* por dos razones:

- a) «El trago de libertad que nuestro pueblo está recibiendo jamás lo devolverá...».
- b) «No hay otro camino... O seguimos por este camino o nos quedamos en la cola del *ranking* económico y tecnológico».

Estos dos argumentos para justificar la imposibilidad del retroceso los repiten con frecuencia otros muchos destacados dirigentes soviéticos. Se trata de argumentos psicológicos y puede que sean una respuesta automática de los que más creen en la *perestroika* a su deseo de que triunfe, pero tienen también un elemento racional muy fuerte que no podemos infravalorar.

Después de hablar en el verano de 1989 con docenas de mujeres soviéticas sin ninguna responsabilidad política, me atrevería a añadir otra razón poderosa para apostar por la *perestroika*: ni una sola de las mujeres con las que he hablado apoyaría un retorno al pasado. Son ellas las que más están sufriendo los problemas reales del sistema —las colas de cada día para la compra, la escasez o inexistencia de productos básicos, el racionamiento, la falta de motivación y de salidas para los hijos, la mediocridad de muchos de los dirigentes— y están radicalmente a favor del cambio con la esperanza de salir de ese infierno. Es difícil valorar la

influencia que las mujeres, en la URSS casi todas trabajadoras y amas de casa al mismo tiempo, tienen en la política, pero sería un grave error no tener en cuenta sus opiniones y sentimientos.

De mis conversaciones y viajes con dirigentes, profesionales y simples obreros de la URSS en los últimos meses y de la abundante bibliografía de que disponemos hoy sobre la transición en la URSS podemos distinguir al menos doce obstáculos en el proceso de las reformas y algunas fuerzas que, a pesar de todos los obstáculos, seguirán favoreciendo la *perestroika*.

Veamos, primero, los obstáculos:

1. «La oposición política» organizada en Moscú y en las repúblicas. El propio Gorbachov ha reconocido reiteradas veces esta oposición, en la que podemos distinguir varios grupos:

- Los supervivientes de la vieja guardia, cada vez menos visibles y menos influyentes a medida que se han ido sucediendo las destituciones.
- Los que desean una ruptura rápida y definitiva con el sistema de economía central planificada y el pluripartidismo.
- Los contendientes de Gorbachov por la presidencia, entre los que destaca Yegor Ligachov.
- Asociaciones nacionalistas rusas como *Pamyat* (Memoria), fundada en 1987, que ven en Gorbachov el infiltrado de una supuesta conspiración judeo-masónica.

Esta oposición política ha ido modificándose en los últimos meses. Por un lado, algunos supervivientes de la vieja guardia han sido neutralizados o, como en el caso de Andrei Gromyko, exministro de exteriores y expresidente del Presidium, han fallecido, pero permanecen todavía firmes y con influencia buen número de conservadores.

Por otro, las asociaciones nacionalistas rusas han crecido y se han reagrupado en un Consejo Unido de Rusia. Viene a ser la respuesta paneslava rusa a las tendencias occidentalistas de los nacionalistas bálticos y de muchos reformistas. Por último, los más radicales han formado un Grupo interregional de Diputados que agrupa a unos trescientos de los miembros más progresistas del Congreso de los Diputados elegido en marzo.

Dos ejemplos nos demuestran la fuerza que tenía todavía en octubre de 1989 el bastión conservador en la política de la URSS y

la creciente movilización del nacionalismo ruso contra algunos de los efectos disgregadores de la *perestroika*:

- a) *Pravda* sigue lanzando ataques frontales de vez en cuando contra la *perestroika* de Gorbachov y contra los progresistas más radicales, como Yeltsin. En su editorial del 28 de julio de 1989, *Pravda* criticaba durísimamente todo el proceso de reformas. Del proyecto de autofinanciación económica, llegaba a decir que había provocado hasta catástrofes ferroviarias. Del intento de descolectivizar el campo mediante el arriendo a particulares, aunque ya he citado la lentitud con que avanza, afirmaba que se realiza con excesos («fuerzan al arrendamiento a quienes desearían continuar en el actual sistema colectivo»). De proyectos como el de proporcionar un apartamento a cada familia soviética en el año 2000, dice que incurre en errores de cálculo (22).

Concluye el editorial: «No se pueden hacer con tanta prisa las promesas y declaraciones. No hay que apresurarse a aniquilar un mecanismo cuando no se sabe cómo será el nuevo que le va a sustituir... Transformaciones continuas no mejoran en nada la causa de la *perestroika*» (23).

Un poema en forma de fábula publicado pocos días antes por el mismo *Pravda* y firmado con pseudónimo y los artículos de la socióloga Nina Andreeva de 1988 en la revista *Sovietskaia Rossiia* y de 1989 en *Molodaia Gvardia*, revistas literarias de gran prestigio en la URSS, están en la misma línea (24).

- b) *La Rusia Soviética*, el periódico que recoge tradicionalmente las opiniones de los conservadores en la URSS, publicaba en septiembre de 1989 que los días 8 y 9 de dicho mes se había celebrado en la ciudad de Sverdlovsk, en los Urales, un congreso y en él se había formado el Consejo Unido de Rusia, agrupación de más de veinte «organizaciones patrióticas rusas». Asistieron al congreso ciento diez delegados de 29 centros industriales de Rusia.

El objetivo oficial de dicho Consejo fue «reagrupar a las organizaciones rusas, formales e informales, que aportan dentro de la Constitución su contribución al reforzamiento de Rusia como nudo consolidador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, constituida históricamente como patria socialista

multinacional única» (25). El objetivo real de este Consejo es mucho más mundano: oponerse a las tendencias nacionalistas en las 14 repúblicas que, con Rusia, forman la URSS, hacer oír la voz rusa en el concierto cada vez más confuso y discordante de los nacionalismos soviéticos y, sobre todo, defender el *statu quo* o, lo que viene a ser lo mismo, el viejo sistema.

Es un paso decisivo en la organización de la oposición a la *perestroika* porque representa el comienzo de una alianza organizada entre los conservadores del aparato y la derecha nacionalista rusa. Ambos grupos se oponen a la *perestroika* porque, en su opinión, ésta representa el fin de la ortodoxia ideológica y una traición a los principios de la revolución bolchevique. Pero mientras los primeros utilizan la ortodoxia sólo como excusa para preservar un orden socio-económico que les favorece, los segundos rechazan radicalmente que la revolución soviética haya conducido a la catástrofe que todos los indicadores pregonan desde que estos indicadores o estadísticas empezaron a publicarse tras la elección de Gorbachov.

La oposición más radical, la de los reformistas encabezados por Boris Yeltsin, se reunía por primera vez en congreso a finales de junio de 1989. Después de dos días de debates, elegía a Yeltsin, Sajarov, Gavrill Popov, Yuri Afanasiev y Victor Palme para la dirección del nuevo Grupo interregional parlamentario, «que recogerá las opiniones de los sectores más radicales de izquierda» (26). Este grupo tiene como objetivo funcionar como agrupación parlamentaria independiente del bloque oficialista dependiente del PCUS, en el nuevo Congreso de los Diputados.

2. *La resistencia no organizada.* Es evidente que la mayor parte de los cargos intermedios en la burocracia, muchos dirigentes locales del partido y los directivos de empresas que están perdiendo o van a perder sus puestos de trabajo se resisten a la *perestroika*.

Los funcionarios en niveles intermedios de la Administración, los secretarios regionales y locales del partido, las llamadas «mafias» locales, en fin, todos aquellos que temen perder sus privilegios forman una oposición que, aunque todavía desorganizada y no expresada demasiado abiertamente, tiene fuerza suficiente para frenar o boicotear muchas de las reformas.

3. *La inercia socio-política.* Es un tercer obstáculo tan importante o más que los anteriores. Sus expresiones más comunes son la rutina, la

apatía, el miedo a comprometerse por lo que pueda venir después, el profundo escepticismo ante casi todo.

En mi opinión, éste es el obstáculo principal en el proceso de las reformas. El soviétólogo Sewery Bialer lo expresa de la forma más gráfica: «Por cada seguidor activo de Gorbachov, hay centenares de miembros del Partido completamente indiferentes hacia la nueva política» (27).

4. *La confusión.* Que rodea a la *perestroika* hace difícil un apoyo masivo al cambio. No debe extrañarnos que haya confusión y división de opiniones en Occidente sobre los cambios en la URSS porque dentro de la URSS existe la misma falta de comprensión de lo que Gorbachov realmente pretende, de cuáles serán sus objetivos definitivos si es que los tiene. Hasta ahora, esos objetivos han ido cambiando en respuesta a los problemas nuevos y viejos que han ido surgiendo.
5. *La falta de legitimidad.* De los dirigentes soviéticos dificulta la movilización nacional y los sacrificios necesarios para sacar adelante la reforma.

Los soviéticos, como los ciudadanos de otros muchos países, creen poco o nada en sus dirigentes y menos todavía en planes grandiosos para mejorar sus vidas. Particularmente éstos están hartos de escuchar promesas de mejora y llamamiento a la victoria que, según reconoce ahora el propio Gorbachov, sólo han conducido a la catástrofe.

Esta falta de credibilidad en sus dirigentes se traduce en una crisis moral sin precedentes y en una alienación de todo lo que signifique responsabilidad.

Para hacer frente a esta falta de credibilidad, la *glasnost* es absolutamente necesaria. Gorbachov necesitará perseverancia, paciencia y gran sinceridad para que ésta vaya calando y los dirigentes soviéticos empiecen a recuperar la legitimidad perdida.

6. *La desinformación.* A todos los niveles de la Administración, de los medios informativos y de la sociedad durante décadas ha roto el vínculo de confianza necesario para que el sistema funcione con eficacia.

La distorsión continua de datos por las empresas para justificar producciones inexistentes, de los trabajadores para justificar una

productividad ficticia y de los políticos para justificar éxitos inventados, ha dejado una profunda huella imposible de borrar de la noche a la mañana o en unos pocos años. De ahí que el «factor tiempo» sea tan esencial para el éxito de la *perestroika*.

7. *Corrupción generalizada.* No es en la URSS el problema de unos pocos desaprensivos, sino una verdadera cultura, una forma de vida. Lo llena todo, lo abarca todo, lo destruye todo. Se calcula entre un 15 y un 25 por ciento del PNB soviético que escapa a cualquier control oficial, perdido en las redes de las «mafias» locales.
8. *Las limitaciones objetivas de la «perestroika.»* La crisis económica es una limitación objetiva de lo que las reformas pueden alcanzar a corto plazo. El modelo económico vigente y el carácter multinacional del Estado soviético condicionan cualquier plan, por atractivo que parezca.

Hay pruebas suficientes ya para poder afirmar que muchas de las reformas introducidas bajo la bandera de la *perestroika* están agravando los problemas que supuestamente deberían resolver. Los efectos más negativos han sido:

- a) Ha destruido en buena parte el sector más eficaz de la economía soviética, la llamada economía paralela.
- b) Con los cambios continuos de personal a causa de la reestructuración de ministerios y organismos, la burocracia bizantina soviética de siempre se ha convertido en una verdadera «Torre de Babel».
- c) La represión de la economía paralela y la falta de coordinación de los organismos de planificación han empeorado la situación económica hasta el punto de que dirigentes de la talla de Leonid Abalkin, viceprimer ministro de la URSS encargado de asuntos económicos, advierte ya públicamente que el proceso puede desembocar en «un verdadero caos e incluso hambruna» si la situación económica no se estabiliza en el plazo de un año y medio a dos años (28). La amenaza de hambruna no se debe sólo a la mala cosecha que se espera para este año, sino a la escasez de divisas fuertes para importar lo que falte.
- d) La *glásnost* o liberalización política y sindical también están perjudicando indirectamente a la *perestroika*. Se ha visto perfectamente con motivo de las huelgas de los mineros siberianos en el verano de 1989. Las concesiones hechas por Gorbachov a los mineros han añadido otros 8.000 millones de

dólares a un déficit presupuestario que supera ya los 200.000 millones y que, en relación con el PNB del país, es ya cuatro veces superior al de los EE.UU. (29).

Consecuencia de todo ello es que el nivel de vida de los soviéticos está cayendo rápidamente a niveles comparables a los de los países más débiles del Tercer Mundo. El índice de mortalidad infantil en la URSS, por dar un ejemplo, es superior ya al de Panamá. Según las propias autoridades soviéticas, el servicio de la deuda exterior este año absorberá el 60 por ciento de todos los ingresos por exportaciones, con lo que desaparecen las reservas de divisas que el país necesita para cubrir las necesidades de alimentos y maquinaria.

Lo más importante, gracias a la *glasnost* los ciudadanos soviéticos son perfectamente conscientes de las amenazas, reciben la información correcta sobre la gravedad de la crisis.

9. *El precio de ser superpotencia.* Ha sido tan alto que ha sangrado recursos preciosos que la URSS necesitaba para su propio desarrollo interno. Competir con los EE.UU. a nivel global ha costado y sigue costando al Tesoro soviético miles de millones de dólares.

En este sentido no les falta razón a los dirigentes soviéticos que se quejan del gran error cometido por la URSS al tratar de competir globalmente, a costa de su desarrollo interno, con Occidente. La cifra de 50.000 millones de dólares anuales citada habitualmente como costo de esa responsabilidad de superpotencia es imposible de demostrar, pero ante esta realidad resulta comprensible la retirada selectiva de conflictos del Tercer Mundo por la URSS en los últimos años.

10. *La carga de la carrera de armamentos.* Es sin duda la limitación económica directa más importante para la *perestroika*. El presupuesto anunciado para 1990 incluye una partida de 115.000 millones de dólares para este capítulo, un 8 por ciento menos que en 1989, pero esta reducción es claramente insuficiente si, como aseguran algunos de los principales expertos soviéticos en cuestiones militares, aparte del presupuesto oficial destinado a defensa prácticamente el 80 por ciento del presupuesto soviético ha estado tradicionalmente dirigido al sector de la defensa (30).
11. *La conservación del imperio en Europa Oriental.* Es otra pesada carga para las reformas internas, sin duda el principal obstáculo externo que se percibe hoy en el horizonte. Las reformas de

Gorbachov han sido el motor principal de la apertura en algunos países de este imperio, como Polonia y Hungría. Pero han tenido efectos negativos que, a su vez, están repercutiendo sobre la *perestroika* interior.

La división y enfrentamientos diplomáticos que existen hoy entre Hungría y Polonia por un lado, y Alemania Oriental y Checoslovaquia por otro, y las críticas públicas de la *perestroika* por aliados como Fidel Castro han generado profundo malestar en la cúpula del Kremlin.

Gorbachov necesita mantener el dominio soviético sobre Europa Oriental no tanto por razones de seguridad, sino para salvaguardar el control del poder dentro de la URSS por el Partido. El ejemplo de un PC en Polonia derrotado en las urnas y sin el control del Gobierno o de otro en Hungría dividido y a punto de renunciar a todo lo que lo suene a «comunista» son armas arrojadas contra Gorbachov dentro de la URSS.

Cualquier crisis grave en un país oriental puede provocar, por tanto, una interrupción inmediata de las principales reformas dentro de la URSS, especialmente si el Ejército soviético se ve obligado a intervenir. Las declaraciones recientes del presidente del parlamento húngaro sobre la posibilidad de una retirada de su país del Pacto de Varsovia y de algunos dirigentes polacos en el mismo sentido perjudican seriamente, en vez de ayudar, a la *perestroika* de Gorbachov y, por tanto, la propia liberalización en Hungría y Polonia. Paciencia, prudencia y tiempo son condiciones imprescindibles para que uno y otros procesos avancen sin contratiempos bruscos.

12. *Los conflictos étnicos.* Son, con las dificultades económicas, el obstáculo principal que todo el mundo cita hoy, empezando por el propio Gorbachov, para que la *perestroika* fructifique en una sociedad saneada económicamente, más libre políticamente y estable socialmente. Lo he dejado para el final en mi lista de obstáculos para detenerme en este punto y desarrollar algo más mis reflexiones sobre el problema.

Me atrevería a señalar como el primer error en el análisis que se hace normalmente del problema de los nacionalismos soviéticos la utilización que se hace del lenguaje. Es equivocado tratarlos como si fuera una unidad y es igualmente equivocado considerarlos un problema sin más, dado que en cierta medida ayuda a Gorbachov a alcanzar algunos de sus objetivos.

Manifestaciones, huelgas y enfrentamientos étnicos los ha habido siempre en la URSS, pero el Gobierno los silenciaba con una censura férrea y los acallaba por la fuerza bruta. Cuando, en diciembre de 1986, se producen los primeros enfrentamientos en Kazajia, pocos en Moscú y en Occidente comprendieron que las tensiones nacionalistas se convertirían pronto, junto al estancamiento económico, en la amenaza principal de la *perestroika*.

En opinión de Patrick Cockburn, actual colaborador de la fundación Carnegie Endowment y corresponsal en Moscú del *Financial Times* de Londres de 1984 a 1988, la gravedad de esta amenaza reside en que «debilita la tesis fundamental de Mijail Gorbachov de que existe suficiente consenso sobre la forma en que la sociedad soviética se rige para permitir un régimen menos autoritario» (31).

La violencia creciente en los enfrentamientos nacionalistas muestra tendencias más complejas de lo que normalmente se piensa en Moscú y Occidente sobre la cuestión. Esa complejidad se da en todos y cada uno de los conflictos: entre armenios y azerbaijanos por el futuro de Nagorno-Karabaj, territorio de mayoría armenia (cristiana) incorporado a la fuerza en 1923 a la República musulmana de Azerbaijón; en las manifestaciones masivas en las tres Repúblicas Bálticas a favor de una autonomía política y económica casi indistinguible de la independencia; y en las tensiones dentro de Georgia, Bielorrusia, Moldavia y, últimamente, incluso Ucrania.

Este nacionalismo resucitado es, al mismo tiempo, una oportunidad y una amenaza para las reformas. Hay, de hecho, fuerzas nacionalistas totalmente identificadas con los objetivos de democratización y descentralización de la *perestroika*.

No se trata, en la mayor parte de los casos, del viejo problema de «ruptura del imperio» a la antigua usanza, sino que es la expresión del malestar creciente que causan en muchos sectores de la población y de la dirección soviéticas algunas de las principales iniciativas de Gorbachov, en particular la destitución de las viejas guardias brezhnevianas locales y nacionales, y la centralización del poder en Moscú.

La *perestroika* provoca tensiones nacionalistas porque, al promover una política de inversiones de acuerdo con su rentabilidad y no buscando un cierto equilibrio nacional independiente de su solvencia económica como sucedía antes, automáticamente beneficia a las repúblicas más desarrolladas, como las bálticas, en detrimento de las menos desarrolladas, como Uzbekistán y Tazikistán. No sólo eso: como cada nueva fábrica en el Báltico atrae millones de inmigrantes rusos, refuerza el resentimiento antirruso local.

La *glasnost* o transparencia informativa complica el problema por dos motivos: por un lado hace más patente las enormes diferencias que existen entre unas repúblicas y otras; por otro, facilita la expresión de demandas o aspiraciones históricas de todo tipo que existen desde hace décadas...

El estilo de gobierno de Gorbachov es otro factor añadido que atiza el fuego nacionalista. En su empeño por movilizar y politizar a la sociedad soviética contra la ineficacia burocrática del Partido, Gorbachov ha impulsado el nacimiento de millares de grupos y asociaciones con intereses muy dispares, muchos de ellos nacionalistas y separatistas. Al mismo tiempo ha empujado hacia los grupos más radicales a muchos miembros de la burocracia perjudicados por la reducción de departamentos, ministerios y competencias. Se calcula que en algunos ministerios ha perdido su empleo hasta un 50 por ciento del personal (32).

El análisis que se hace habitualmente en Occidente de los problemas étnicos soviéticos como enfrentamientos de tres clases —rusos contra no rusos, repúblicas contra repúblicas o etnias contra etnias de la misma o de distintas repúblicas— no se corresponde a los hechos. Las fuerzas no son tan monolíticas en ningún caso. Tanto en Moscú como en Rusia y las demás repúblicas hay una gran diversidad de fuerzas e intereses que no siempre se corresponden a los titulares llamativos de los periódicos (33).

De todo ello se deduce la escasa credibilidad que tienen, en mi opinión; las conclusiones apocalípticas relacionadas con los nacionalismos en la URSS. Generalmente estas conclusiones se basan en los números, que, reconozco, son impresionantes: entre los años 1956 y 1985 hubo en la URSS, una manifestación cada 18 días y en ellas participaban muy pocos (docenas). Desde que Gorbachov llegó al poder, hay una cada 3 días y en ellas participan millares o centenares de miles de personas (34).

Concluir, por ello, que la URSS camina hacia la desintegración de su imperio si no retorna a medidas represivas brutales es simplificar equivocadamente la realidad soviética de 1989. La desintegración es muy improbable a medio plazo, en mi opinión, en tanto en cuanto Ejército, KGB y PCUS se mantengan unidos en la defensa de la unidad territorial. En cuanto a un posible retorno a la represión, es un eufemismo por dos razones:

- La represión siempre ha existido y sigue existiendo; lo hemos podido comprobar, si quedaba alguna duda, en Georgia y Armenia.
- Si por retorno a la represión se entiende volver al estalinismo o a un régimen parecido, supondría la ruina económica definitiva para la URSS por el elevado precio que los dirigentes y pueblo soviéticos tendrían que pagar.

Por todo ello, lo más probable es que vivamos en los próximos años vaivenes constantes entre libertad y represión, concesiones aquí y recuperación de competencias cedidas allá. Lo estamos viendo ya en la actitud tan diferente del centro, Moscú, hacia las Repúblicas Bálticas y las Repúblicas del Cáucaso.

Moscú cederá parcelas de gobierno a las repúblicas, pero nunca la autodeterminación. En casos extremos, es indudable que recurrirá a la fuerza aunque al hacerlo corra el riesgo de alienar a sectores de la población. En esto radica el peligro principal de los nacionalismos, pues si una república se empeña en buscar la secesión, será reprimida por la fuerza y esta represión puede provocar un frenazo de la *glasnost*, como ya ha sucedido temporalmente en Georgia y el Cáucaso. Siendo ésta un elemento tan esencial de la *perestroika*, todo el proceso de reformas sufrirá.

Aunque demasiado lento para muchos, Gorbachov ha empezado a encarrilar las tensiones nacionalistas. Las líneas maestras de su política nacionalista, tal como han quedado definidas en el pleno del Comité central de septiembre de 1989, son las siguientes:

1. *Bilingüismo real*. Los no rusos tendrán que aprender el ruso, igual que antes, pero los rusos que viven en las repúblicas no rusas tendrán que aprender el idioma de la nacionalidad titular. Esta medida está siendo aplaudida, como es lógico, en la periferia, pero si interrumpe el flujo de inmigrantes rusos a las repúblicas no rusas o provoca el retorno de muchos rusos a su Rusia natal crearía serios problemas al centro.
2. *Reforma económica*. Está habiendo ya, y habrá más en el futuro, transferencia de competencias económicas del centro a la periferia, pero esta transferencia no beneficiará a todas las repúblicas. Las que dependen hoy más de ayudas del centro se verán obligadas a recortar gastos y a dismantelar algunas instituciones y empresas.
3. *Federalismo reforzado*. La URSS de hoy, una unión federada de 15 repúblicas, de las que dependen otras 20 repúblicas autónomas, se va a simplificar. ¿Cómo? Algunas repúblicas autónomas recibirán el estatuto de repúblicas federadas y todos los territorios que no sean repúblicas recibirán el mismo estatuto para evitar agravios comparativos. El esquema legislativo ya introducido para la URSS se repetirá, a escala local, para cada república.
4. *Tribunal de nacionalidades*. La URSS carece todavía de un mecanismo institucionalizado e independiente del Ejecutivo y del Legislativo que se responsabilice de intervenir en todos los conflictos interétnicos. Es

una institución que todos consideran necesaria, pero que sigue sin crearse por las profundas diferencias que existen entre Moscú y periferia, y dentro de la *nomenklatura*, sobre las competencias que deberían atribuirse al nuevo tribunal.

5. *Mayor participación de los no rusos en el Politburó y el Gobierno de la URSS.* Gorbachov tendrá que corregir decisiones anteriores y dar cabida en las principales instituciones del país a representantes de las etnias no rusas. Es una forma de ganarse y, a la vez, dividir a los dirigentes no rusos (35).

Todas estas medidas están lejos de ser «la solución» del problema de las nacionalidades soviéticas porque, entre otras cosas, no existe ésta. Son pasos que facilitan una institucionalización del actual desbarajuste. Ya es un avance significativo que Gorbachov haya fijado por fin los límites de los nacionalismos. Más difícil es la segunda fase, que consiste en lograr que esos límites sean aceptados por la mayoría.

## FUERZAS A FAVOR DEL CAMBIO

A pesar de todos los obstáculos citados, sería aventurado considerar inviable la *perestroika* y, peor aún, sentarse y esperar a que fracase. Tal actitud sólo es explicable desde una interpretación estrecha y estereotipada de la realidad soviética e internacional a comienzos de los años 90.

Por cada obstáculo citado, se puede encontrar al menos otro factor favorable a la durabilidad de las reformas. Entre ellos, destacaría el fracaso de la ideología que sustentaba el viejo sistema comunista; los inmensos poderes concentrados hoy por Mijail Gorbachov como secretario general del PCUS y, al mismo tiempo, presidente del Soviet Supremo; la capacidad, demostrada con creces, de Gorbachov para resistir las presiones más firmes y transformar en éxitos circunstancias que todos consideraban amenazadoras; el sentimiento de una gran mayoría dentro de la URSS de que, al menos por hoy, no hay alternativa a Gorbachov, mucho menos a la *perestroika*; y la creencia general de la mayoría de los soviéticos en la necesidad del cambio después de tantos años de estancamiento.

### *Fracaso ideológico:*

La URSS ha entrado en un período en el que prácticamente nada es sagrado. La *perestroika* se ha convertido en un movimiento o proceso de reformas sin una línea general. Más que la aplicación de un programa, ésta es hoy una serie incesante de improvisaciones, errores, correcciones y herejías.

En las proposiciones de ley a debate en la sesión del Soviet Supremo del otoño de 1989, la segunda que celebraba el nuevo Soviet Supremo, encontramos proyectos sobre la propiedad privada, la libertad de prensa, un mercado competitivo, flexibilización de la legislación sobre emigración, libertad de prácticas religiosas y la formación de un sistema pluripartidista. Casi todos estos proyectos son anatemas para la vieja fe leninista.

El ejemplo más rotundo del descalabro ideológico lo tenemos en la aprobación por el Soviet Supremo el 9 de octubre de 1989 de la primera Ley sobre el derecho de huelga en la historia de la URSS. Aunque es una ley muy restrictiva, es el principio del fin del dogma de que el conflicto laboral en un sistema comunista no tiene cabida legal. El resultado ha sido una ley que prohíbe todavía la huelga en un 70 por ciento de la industria, incluidos los ferrocarriles, la aviación, las comunicaciones, los sectores energéticos, la industria de la defensa, la Administración y «aquellos sectores de producción cuya interrupción tenga graves y peligrosas consecuencias» (36).

Los centros neurálgicos del dogma, como el Instituto del Marxismo Leninismo y el Departamento ideológico del PCUS ya no se esfuerzan siquiera por hacer coincidir la legislación con el dogma. La ideología sigue siendo un arma de los más conservadores para intentar bloquear muchos cambios necesarios, pero importan más los resultados concretos y las soluciones consensuadas que la defensa de un pensamiento monolítico como ocurría en el pasado.

Los medios informativos más ideológicos, como *Pravda*, están perdiendo suscriptores y otros menos importantes han tenido que cerrar. El *Komsomol* y el propio PCUS están perdiendo afiliados. El sistema educativo, reformado ya varias veces por Gorbachov, tiene mucho más interés en preparar científicos, académicos, empresarios, ingenieros y profesionales capaces de sacar al país del desastre en el que se halla que en cuidar principios ideológicos pasados e inservibles.

En un discurso pronunciado a finales de septiembre de 1989 ante la *Foreign Policy Association* de Nueva York, el ministro soviético de Exteriores, Edvard Shevardnadze, se mofaba abiertamente de los tiempos en que una «ideología siniestra» alcanzaba incluso a ganaderos de la URSS. En vez de comparar la *perestroika* con la revolución bolchevique y el leninismo, Shevardnadze la comparó con los EE. UU. de la depresión e, implícitamente, comparó la reforma de Gorbachov con el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt. (37).

### *Poderes absolutos de Gorbachov:*

El autor que con más sinceridad ha reconocido el carácter absolutista del poder de Gorbachov es Andrei Sajarov.

En una conferencia pronunciada el 20 de junio de 1989 en el *Royal Institute of International Affairs* (Chatham House, Londres), Sajarov dijo:

«Gorbachov alcanzó el poder por medios no democráticos. Es parte del sistema. Por tanto, cualquier pregunta sobre Gorbachov no es sólo una pregunta personal, sino una pregunta sobre la situación política soviética.

No me gustan algunas de las acciones y decisiones políticas de Gorbachov, en particular la Ley sobre asambleas y manifestaciones (muy restrictiva) y la Ley que permite la preparación de tropas especiales (antidisturbios) porque son leyes muy antidemocráticas. Por otra parte, en las actuales circunstancias no hay alternativa a la que podamos agarrarnos...

El principal cambio político habido en nuestro país es que ahora tenemos un hombre (por Gorbachov) al frente del país que, a todos los efectos prácticos, goza de un poder ilimitado. Vemos que no llegó al poder mediante elecciones libres, sino al margen de cualquier proceso electoral. Fue nombrado secretario general como consecuencia de circunstancias dentro del Politburó que desconocemos... Después fue elegido a dedo miembro del Congreso de los Diputados y el primer día del Congreso fue elegido presidente del Soviet Supremo antes, incluso, de ser nombrado miembro de dicho Soviet Supremo... Todo su camino hacia la cumbre parece el de un escalador» (38).

Es, en efecto, un escalador. Lo más importante: asciende por una escalera que él mismo va creando de acuerdo con las circunstancias. Es difícil caerse de una escalera que no existe antes de subirse a ella.

### *No hay alternativa.*

El propio Sajarov llega a esta conclusión en la conferencia de Londres. Pero no es el único. Igor Bestteshev-Lada, vicepresidente del Instituto de Sociología del Futuro en la Academia de Ciencias de la URSS, afirma que «la gente que de una manera u otra reivindica a Stalin y la burocracia enfrentada a la *perestroika* suponen aproximadamente un 12 por ciento de la población» (40). Estos serían, en su opinión, los enemigos duros de la *perestroika*. «El resto está a favor, aunque... pasivamente en su mayoría», añade.

La distinción entre defensores y adversarios de la *perestroika*, tal como se tiende a hacer en Occidente, no encaja bien en la mentalidad soviética porque la mayor parte de sus defensores son al mismo tiempo sus adversarios.

Betteshev lo explica muy claramente:

- «El primer enemigo de Gorbachov es la burocracia que, en caso de triunfo de la *perestroika*, perdería su posición dominante.
- El segundo enemigo somos nosotros mismos, debido a nuestra desmoralización y pasividad, a nuestro conformismo, que se contenta con la garantía del puesto de trabajo y la seguridad de recibir un salario a cambio, salario en moneda «blanda», pero salario duro en la medida en que no guarda relación con criterios económicos...

Nosotros todos somos enemigos de la *perestroika* en tanto que personas conformistas. Pero también somos nosotros mismos, las mismas personas, los que tenemos interés en que triunfe la *perestroika* y se resuelvan los problemas. Es decir, que no hacemos nada práctico a favor de la transformación pero todos la deseamos... Precisando más, se puede afirmar que los jóvenes técnicos, los ingenieros, los jóvenes trabajadores con elevada cualificación, todos ellos quieren alcanzar los mismos niveles de efectividad económica que existen en Occidente. Pero, por otra parte, todos los burócratas, o casi todos, han entendido que es imposible continuar como hasta ahora. Si la *perestroika* no triunfa, entonces sí que tendremos una catástrofe, y eso también lo sabe la burocracia.

Se trata, pues, de un proceso dialéctico en el que las diferentes fuerzas tienen dos caras, dos papeles, como el dios Jano de la mitología, y estas fuerzas están sosteniendo una lucha dura» (40).

## REFLEXIONES SOBRE EL FUTURO

Existe un elemento más, que no he querido incluir entre los obstáculos ni entre las fuerzas a favor del cambio en la URSS porque, según las circunstancias, puede favorecer u obstaculizar el cambio. Se trata de la tradicional sumisión al despotismo asiático. Lo vemos hoy nítidamente en la URSS, pero también lo encontramos en Japón, las dos Coreas, China, etcétera.

De acuerdo con esta tradición, casi nadie se pronuncia en contra del poder mientras esté claro que ese poder existe y alguien lo representa y ejerce con firmeza. Esta tradicional sumisión garantiza la continuidad de la

*perestroika* en tanto en cuanto Gorbachov controle claramente las riendas del poder. Si éste se debilita a causa de la crisis económica o de las tensiones nacionalistas, esa misma sumisión inclinaría la balanza hacia el grupo que parezca dominar la nueva situación.

Los principales soviólogos estadounidenses han diseñado cinco escenarios para la evolución de los próximos años en la URSS, que, aunque no coinciden exactamente con los escenarios incluidos en el apartado de este capítulo dedicado a analizar los resultados previsibles de la *perestroika*, sirven como compendio o resumen prospectivo de esta parte del trabajo.

#### *El primer escenario.*

Y el más probable según la mayor parte de estos estudiosos, es la continuación de la situación actual, de equilibrio imperfecto de fuerzas, durante un período de 5 a 10 años. Sería muy destructivo para la URSS porque haría muy difícil impulsar las reformas necesarias para su recuperación económica. Sería igualmente negativo para Occidente porque ahondaría la división que ya está surgiendo entre los que ven en la URSS un enemigo muerto y no aceptan el nivel de gastos militares mantenido hasta ahora, y los que siguen viendo en la *perestroika* un proceso de evolución incierta que, en ningún caso, significa una disminución de la amenaza potencial para el Oeste.

#### *Un segundo escenario.*

Supone que la actual situación no puede durar más de dos años, que de aquí a entonces la situación se habrá decantado en uno u otro sentido. Marshall Goldman, de la universidad de Harvard, defiende este escenario catastrofista, con muchos partidarios dentro de la URSS, incluso entre algunos de los principales asesores de Gorbachov. El umbral entre la salvación y el precipicio es, sin duda alguna, la crisis económica. «Estamos en una verdadera crisis financiera», reconocía Abel Aganbegyan, arquitecto de la *perestroika*, en octubre de 1989 en Londres. «El déficit presupuestario del Estado es de 120.000 millones de rublos y hay un *over-hang* (exceso) de 150.000 millones de rublos en la economía que la gente quiere soltar como sea. Estamos al borde de la catástrofe económica en relación con la inflación y el mercado de consumo» (41).

Esta dramática situación explica la petición de «ideas frescas» de Edvard Sheveardnadze al secretario de Estado norteamericano, James Baker, en Wyoming el último fin de semana de septiembre de 1989 y el viaje relámpago efectuado a Moscú a primeros de octubre nada menos que por el primer gurú de la economía estadounidense, Alan Greenspan, presidente

de la Reserva Federal, para asesorar a los dirigentes soviéticos sobre formas de reconstruir el sistema financiero de la URSS (42). Parece increíble: el primer banquero del mundo capitalista asesorando a los herederos de Lenin sobre política económica.

Aparte de asesoramiento y formación de empresarios, la URSS pide a Occidente cinco tipos de medidas:

- a) Reducción de gastos militares.
- b) Eliminación de las restricciones sobre exportaciones de alta tecnología.
- c) Apertura de nuestros mercados a los productos soviéticos.
- d) Inversiones en forma de *joint ventures* o empresas conjuntas.
- e) Inclusión progresiva de la URSS en las principales organizaciones económicas internacionales: GATT, FMI, Banco Mundial, etc.

#### *El tercer escenario.*

Prevé un retroceso en el proceso actual, aunque con la asunción de ciertas mejoras en el sistema. Esta situación se daría si Gorbachov es sustituido por un dirigente más conservador, pero se mantienen las ideas básicas de la *perestroika*, o si el propio Gorbachov, acosado por los nacionalismos, frena el proceso de *glasnost* y democratización política ya iniciados.

#### *El cuarto escenario.*

Sería la transformación de la economía centralizada soviética en una economía mixta con la ayuda de Occidente y Japón. Es el escenario por el que parecen apostar especialistas de la talla de John Hardt, director asociado y experto en economía soviética del *Congressional Research Service* en Washington, Charles Woolf, director de investigación económica internacional de la *Rand Corp.*, en Santa Mónica (California), John E. Mroz, presidente del *Institute of East-West Security Studies* de Nueva York, y Alec Nove, profesor de economía de la universidad británica de *Glasgow* (43).

#### *El quinto escenario.*

Sería el del golpe militar o golpe de estado. Por tradición, los militares soviéticos son personas educadas en una disciplina férrea bajo las órdenes del Partido. Un repaso a la historia de la URSS nos muestra que el ejército soviético no ha sido nunca un poder político con aspiraciones autónomas como las que abanderan o han abanderado tantos ejércitos tercermundistas o latinoamericanos. Este escenario se convertiría en una opción posible, o incluso probable, si se produjera un conflicto agudo en la cúpula del Partido,

Gorbachov perdiera su actual legitimidad como secretario general o la integridad de la URSS se viera amenazada desde dentro o desde fuera. Pero incluso en este extremo, lo más probable es que no fuera un golpe militar clásico, sino un golpe de palacio (en el Kremlin) apoyado por una alianza de conservadores, burócratas y militares.

Adversarios y defensores de la *perestroika* están influenciados por las reformas en marcha, cambiantes, y sus efectos sobre sus privilegios, ingresos y autoridad. Purgas o sustituciones en la cúpula como las que se vienen sucediendo desde 1987 van transformando adversarios muy influyentes en ciudadanos o jubilados sin ninguna influencia. Hasta finales de 1989, Gorbachov ha logrado a duras penas compensar la escasez de alimentos básicos, asistencia médica adecuada, viviendas y mejoras en el medio ambiente, de los más depauperados del planeta, con márgenes cada vez más amplios de libertades políticas y culturales. Es imprescindible mantener ambos procesos en paralelo, pero —como señala John Hardt— «es imposible saber de antemano cuáles son los puntos cruciales para Gorbachov y para la *perestroika* en este proceso» (44).

La conclusión final de Hardt me parece definitiva:

«No hay respuesta concluyente a preguntas sobre el futuro de la *perestroika* de Gorbachov. Es evidente que, para contar con el apoyo del ciudadano soviético medio, tiene que producir resultados visibles para él, y cuanto antes mejor. El ciudadano medio tiene que beneficiarse de los resultados económicos de su trabajo y de la iniciativa individual, y necesita participar activamente en la toma de decisiones que afectan a su vida diaria para comprometerse firmemente en ese sistema» (45).

## BIBLIOGRAFÍA

- (1) Expresión empleada por primera vez por Mijail Gorbachov en una visita efectuada a Murmansk el 30 de septiembre de 1987. *International Herald Tribune*, 2 de octubre de 1987.
- (2) Mijail Gorbachov definió estos tres límites en una reunión con dirigentes de las tres Repúblicas Bálticas celebrada el miércoles 13 de septiembre de 1989 en Moscú, de la que se hizo eco la agencia TASS dos días más tarde.
- (3) Gorbachov se lo explicó al presidente Ronald Reagan y al entonces vicepresidente George Bush en el encuentro que mantuvo con ambos en Nueva York en diciembre de 1988. Así me lo han confirmado asesores del presidente Bush que acompañaron a éste en aquel encuentro. A cambio, la Casa Blanca se comprometió a no actuar en Europa Oriental de modo alguno que pueda considerarse en Moscú una injerencia o intento de romper la unidad del Pacto de Varsovia. La posición de Gorbachov se ha puesto a prueba a finales de agosto de 1989 con la elección del primer gobierno no comunista polaco desde 1945, y en septiembre en Hungría con la apertura de la frontera occidental a todos los alemanes que quisieron pasar a la RFA.
- (4) Véase Bialer, Sewery. «Gorbachev's Program of Change: Sources, significance, prospects». En *Gorbachev's Russia and American Foreign Policy*, editado por Sewery Bialer y Michael Mandelbaun. East-West Forum Publication. Westview Press. Boulder & London, 1988, págs. 232 y ss.
- (5) Dobbs, Michael. «Gorbachev's other face: Lenin heir and savior of Soviet communism». *International Herald Tribune*, 22 de septiembre de 1989, págs. 1 y 8.
- (6) *Pravda*, 25 de febrero de 1986.
- (7) *Pravda*, 28 y 29 de enero de 1987.
- (8) *L'URSS et L'Europe de L'Est 1988*. Editado por La Documentation Française, págs. 103-117.
- (9) Meissner, Boris. «Gorbachev's sociopolitical programme». *Aussenpolitik IV 88*, págs. 389-390. Véase también *Time*, 11 de julio de 1988, págs. 6-11.
- (10) *Ibid*, pág. 384.
- (11) Kauffmann, Sylvie. «Un bilan préoccupant». En el número especial de *Le Monde* titulado *L'URSS de la Perestroika*, abril de 1989, pág. 59.
- (12) Sahagún, Felipe. «La revolución irreversible». *El Europeo*, mayo de 1989, pág. 68.
- (13) Véase el número especial de *Time* sobre las elecciones y la transición en la URSS del 10 de abril de 1989.

- (14) Luengo, Fernando y Palazuelos, Enrique. «El dilema de la inflación y la URSS». *El País*, 22 de septiembre de 1989, pág.58. Ver también Pérez, Armando. «El Parlamento soviético prepara importantes reformas para superar la crisis económica». *Diario 16*, 25 de septiembre de 1989, pág. 16. Y Lloyd, John. «Bitter struggle likeely on Soviet legislation». *Financial Times*, 23 de septiembre de 1989, pág. 2.
- (15) Sobre el contenido de su intervención, véase *Le Monde*, 12 de septiembre de 1989, pág. 3.
- (16) Keller, Bill. «Soviet bill would allow new parties». *International Herald Tribune*, 25 de septiembre de 1989, págs. 1 y 6.
- (17) Conversaciones personales con Oleg Bogomolov en un curso sobre *La transición en la URSS* al que asistí en agosto de 1989 en la Universidad Americana de Salzburgo.
- (18) *Time*, 2 de octubre de 1989, pág. 9.
- (19) *International Herald Tribune*, 23-24 de septiembre de 1989, pág. 5
- (20) Conferencia de Michel Tatu en la Universidad Americana de Salzburgo, 22 de agosto de 1989.
- (21) Conversación mantenida con Anatoly Ribakov en el *Círculo de Lectores de Madrid* el 26 de septiembre de 1989.
- (22) Sotillo, Alberto. «*Pravda* lanza un ataque frontal contra la *perestroika* de Gorbachov». *ABC*, 29 de julio de 1989, pág. 23.
- (23) González, María Luisa. «*Pravda* critica con dureza a los dirigentes del Kremlin». *Diario 16*, 21 de julio de 1989, pág. 17.
- (24) *Le Monde*, 30-31 de julio de 1989, pág. 3.
- (25) Guetta, Bernard. «L'opposition conservatrice se regroupe dans un Conseil uni de Russie». *Le Monde*, 16 de septiembre de 1989, pág. 5.
- (26) *ABC*, 31 de julio de 1989, pág. 24.
- (27) Bialer. Op. cit., pág. 282.
- (28) Peel, Quentin. «Soviet Union may face famine and turmoil». *Financial Times*, 17 de junio de 1989, pág. 2.
- (29) Gray, John. «The risks of collapse into chaos». *Financial Times*, 13 de septiembre de 1989, pág. 19.
- (30) Conversación personal en agosto de 1989 con Alexi Arbatov, jefe del Departamento de Problemas del Desarme en el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de Moscú.
- (31) Cockburn, Patrick. «Dateline USSR: Ethnic Tremors». *Foreign Policy*. N. 74. Primavera de 1989, págs. 168-184.
- (32) TASS, 21 de febrero de 1988. Ver también Bungas Dzintra. «Restructuring the Republic Government: the first phase». *RFE-RL*, Radio Free Europe Research. Baltic Area Situation Report. SR/5/88, 20 de mayo de 1988.
- (33) Goble, Paul. «Ethnic Politics in the USSR». *Problems of communism*, julio-agosto de 1989, págs. 1-14.
- (34) *Ibid*, pág. 2.
- (35) Goble, Paul. Op. cit., págs. 13-14.
- (36) *EL País*, 10 de octubre de 1989, pág. 5.
- (37) Remnick, David. «Old notions are dying in today's Soviet Union». Crónica enviada desde Moscú para el *Washington Post* el 4 de octubre de 1989. Segunda toma.
- (38) Sajarov, Andrei. «The Real Russia». *Observer*, 25 de junio de 1989, pág. 15.

- (39) Véase la entrevista completa con Besteshev-Lada en *El Independiente*, 15 de octubre de 1989, pág. 18.
- (40) Ibid.
- (41) Smith, David. «Russian bear roars from economic pit». *The Sunday Times*, 8 de octubre de 1989, pág. 88.
- (42) Remnick, David. «Moscow hears wisdom of Fed». *International Herald Tribune*, del 11 de octubre de 1989, pág. 5.
- (43) Sus opiniones pueden verse en el *International Herald Tribune*, de 9 de octubre de 1989, pág. 4.
- (44) Hardt, John y Heslin, Sheila. «Perestroika: A sustainable process for change». Conferencia pronunciada en la reunión sobre relaciones Este-Oeste organizada en Santiago de Compostela por el *Banco de España* el 13 de mayo de 1989, pág. 44.
- (45) Ibid, pág. 45.